

RETO
DEMOCRACIA
SIGLO 21

JORGE WOODBRIDGE GONZÁLEZ



Cuartel Bellavista ahora Museo Nacional de Costa Rica
Fotografías C.R. Antigua y su Historia, Jorge Salazar, Pochet.

321.8
W882re

Woodbridge González, Jorge.
Reto Democracia Siglo 21
1a Edición. Colección Costa Rica: Reto Siglo 21
Alajuela, Costa Rica. 2025
114 pp. Ediciones JWG.

ISBN: 978-9930-00-615-3

1. DEMOCRACIA - ENSAYOS
2. CIENCIAS POLÍTICAS

Libro de conversaciones - Programa Reto Siglo 21.
Autor: Jorge Woodbridge González



STUDIO HOTEL
******Boutique*

Agradecimiento especial a Studio Hotel, Santa Ana



Diseño, diagramación y concepto editorial:
Juan Diego Otalvaro Ortega - jd@theroversquest.org
theroversquest.org



Grabación y Filmación de Entrevistas:
Amanda Agüero - framefilmscr@gmail.com

Prohibida la reproducción total o parcial del contenido de esta obra sin la autorización del autor.

Reservados todos los derechos. Se autoriza la reproducción y difusión de los contenidos de este libro para fines educativos u otros no comerciales, siempre que se reconozcan los créditos de la obra en las citas y referencias.



Reto Democracia Siglo 21

Por: Jorge Woodbridge González

NOTA EDITORIAL

Nosotros, los costarricenses, somos herederos de una historia de fe cívica y de un pacto moral que se forjó en la conciencia antes que en las leyes. Nuestra democracia no nació de la imposición ni de la guerra, sino de la educación, del trabajo, del respeto y del deseo de convivir en libertad. En sus raíces más profundas hay un acto espiritual: el reconocimiento de la dignidad humana como fundamento del orden político. Nuestra historia política no es solo una línea de tiempo; es una construcción ética que se renueva en cada acto ciudadano.

Cada generación ha sostenido con esfuerzo esta construcción invisible que une a los ciudadanos más allá de los partidos, los credos y las clases. La democracia costarricense es un árbol que ha resistido tormentas, pero cuyas raíces se hunden en valores sólidos: el diálogo, la justicia social, la libertad y la educación. Hoy, frente a los desafíos de la globalización, de la polarización ideológica y de las amenazas internas y externas, este legado se pone a prueba como nunca antes. Ese es, justamente, el espíritu que anima este libro: *Reto Democracia Siglo 21*, es una invitación a repensar nuestra responsabilidad con un proyecto nacional que no puede darse por sentado.

Desde los albores de nuestra historia republicana, cuando aún éramos un país pequeño y rural, comprendimos que la política debía ser instrumento de servicio y no de dominio. La independencia no solo nos separó de un imperio; nos unió en un compromiso con la conciencia. Ser libres implicaba ser responsables. La historia nacional nos enseña que cada avance democrático fue el fruto de una idea moral antes que de una estrategia política. Cuando los pueblos pierden su norte ético, las leyes se vuelven huecas. Costa Rica, en cambio, apostó por una educación pública accesible, por un sistema judicial independiente y por la fe en la palabra como medio de resolución. Esa herencia moral sigue siendo la base sobre

la cual descansa nuestra institucionalidad y el punto de partida desde el cual debemos enfrentar los retos de este siglo.

La democracia costarricense es, por eso, una creación colectiva. No la construyó un solo hombre, ni un solo gobierno, ni una sola generación. Fue el resultado de un largo proceso de madurez espiritual y política, donde el pueblo se reconoció en la igualdad del otro.

El poder, en nuestra tradición, debe ser servicio. Así lo entendieron los próceres y reformadores que, a lo largo de los siglos XIX y XX, moldearon el carácter institucional del país.

Quienes deseen conocer a los participantes y escuchar esas conversaciones pueden visitar el sitio web www.retosiglo21.org donde también se brinda información sobre esta importante iniciativa de ciudadanos, ciudadanas y organizaciones, comprometidos con la libertad, la democracia y el desarrollo humano integral.



ÍNDICE GENERAL

6 Nota editorial

14 Presentación

18 *Capítulo 1*
Semillas de Soberanía:
De la Conciencia Moral a la Libertad Política

26 *Capítulo 2*
Aulas que Liberan:
La Educación Pública como Cimiento
de Identidad, Civilidad y Progreso

34 *Capítulo 3*
El Despertar de una Nueva Conciencia:
Las Reformas Sociales y el Pacto Solidario

42 *Capítulo 4*
El Nacimiento de la Segunda República:
Una Patria que Renace del Conflicto

50 *Capítulo 5*
Arquitectura del Bien Común:
La Expansión Institucional del
Estado Costarricense

58 *Capítulo 6*
El Pacto Invisible:
El Equilibrio entre Libertad y Justicia

66 *Capítulo 7*

Ciudadanos al Mando:
La Fuerza del Liderazgo Civil
en el Desarrollo de la Democracia

74 *Capítulo 8*

Patria Globalizada:
Los Dilemas de Proteger la Autonomía
en un Mundo Interconectado

82 *Capítulo 9*

Democracia Digital:
La Interacción entre Jóvenes,
Tecnología y Ciudadanía Activa

90 *Capítulo 10*

Gobernar con Luz:
Cómo la Claridad y la Honestidad Sostienen
la Democracia y Fortalecen la Ciudadanía

98 *Capítulo 11*

Horizonte Democrático:
La Democracia como Viaje Inacabado
que nos Invita a Crecer Juntos

106 *Conclusión*
A Todos los
Costarricenses:
Menos Leyes,
Más Conciencia

Hay naciones que se construyen a golpes de espada y otras que nacen del pulso íntimo de su pueblo. Costa Rica es de estas últimas: una república forjada no por la fuerza de los ejércitos, sino por la fuerza del carácter. Nuestra historia democrática no se escribe solo en constituciones o leyes, sino en el espíritu de una ciudadanía que eligió la ética por encima del poder y la dignidad por encima del miedo. Ese fue, y sigue siendo, el acto más revolucionario de nuestra historia: hacer de la conciencia el territorio donde comienza la política.

PRESENTACIÓN

La Ética como Raíz de la Política

En el corazón de nuestro sistema político late una verdad que atraviesa el tiempo: la ética es el cimiento de la libertad y la política su forma de expresión. La república solo puede sostenerse cuando sus ciudadanos entienden que la libertad no es una herencia pasiva, sino una tarea cotidiana. Costa Rica eligió un camino distinto al de muchos pueblos: renunció a la violencia como método, apostó por la educación pública como base de desarrollo y confió en la palabra y la ley como instrumentos de cambio. No fue un destino escrito, sino una elección consciente y colectiva.

Este libro es una invitación a reencontrarnos con esa raíz. No para venerar el pasado, sino para interpelar nuestro presente. Es una travesía por la dimensión moral de nuestra historia política, una exploración que revela cómo la educación moldeó nuestro sentido de ciudadanía y cómo el diálogo, la justicia social, la conciencia cívica y la dignidad humana se convirtieron en los pilares de un modelo democrático que aún resiste — pero ya no sin heridas— las tensiones del mundo contemporáneo.

Recordar no es un acto de nostalgia, sino de responsabilidad. Volver a las primeras escuelas del siglo XIX, a los debates de la Asamblea Constituyente, a las luchas sociales que nos dieron derechos, es también una forma de preguntarnos quiénes somos hoy y qué estamos dispuestos a defender mañana. Porque la democracia costarricense podrá ser imperfecta, pero tiene una fuerza única: la convicción de que la política no es un campo de batalla, sino un espacio de convivencia humana. Esa convicción —que nació en las aulas, que se sostuvo en la conciencia y que hoy exige renovarse— es la que puede animar una Costa Rica capaz de reinventarse sin traicionarse.

*“Una patria se construye cuando cada
ciudadano piensa primero en el bien
común.”*



Jorge Woodbridge González



Capítulo 1

Semillas de Soberanía

**De la Conciencia Moral
a la Libertad Política.**



*“Si no educamos en democracia
difícilmente vamos a tener buenos
demócratas gobernando; la
democracia es una cultura que debe
enseñarse desde la formación de
las personas.”*

**Carlos Rivera,
Director del Centro de Estudios Democráticos de América Latina**

La independencia política de Costa Rica, proclamada en 1821, fue más que un hecho histórico: fue un acto moral. A diferencia de otros pueblos que alcanzaron su emancipación por medio de la fuerza, los costarricenses basaron su emancipación en el diálogo, la razón y la voluntad de construir una sociedad justa. Fue una independencia sin violencia, guiada por maestros, sacerdotes, agricultores y líderes que creían en la virtud cívica más que en la fuerza.

Desde sus primeros pasos, la nación comprendió que la libertad debía sustentarse en la conciencia individual y colectiva. Juan Rafael Mora Porras lo expresó con claridad: “No basta con ser libre: hay que merecer la libertad.” La independencia, entonces, no fue solo una ruptura política con la metrópoli; fue un acuerdo moral consigo mismo, un pacto de ética cívica y responsabilidad compartida.

“Los valores se forman en la familia y en la escuela. Si fallamos ahí, el país entero lo siente: la violencia aumenta, la desigualdad crece y la política se vuelve populista.”

Juan Ignacio Pérez, Presidente de la Cámara Costarricense de la Industria Alimentaria

El acta de independencia firmada en Cartago no solo estableció un marco jurídico, sino que también sentó las bases de una visión humanista: la libertad debía guiarse por la justicia, y la justicia debía nutrirse de la educación y la virtud.

Esta perspectiva temprana diferenció a Costa Rica de sus vecinos: mientras otros territorios se sumían en conflictos armados prolongados, nuestra independencia se cimentó en la ética y la educación, no en la imposición de la fuerza.

LA REPÚBLICA TEMPRANA: INSTITUCIONES Y VALORES

Durante la primera mitad del siglo XIX, Costa Rica comenzó a construir las bases de su institucionalidad republicana. Las figuras de Juan Mora Fernández, José María Castro Madriz y Juan Rafael Mora Porras fueron decisivas en la consolidación de un Estado civil, donde el poder se concebía como una herramienta al servicio del bien común.

Mora Fernández impulsó la educación pública; Castro Madriz fundó la Universidad de Santo Tomás y consolidó la soberanía del derecho; Mora Porras defendió la patria ante amenazas externas, pero siempre como extensión de un ideal moral, no solo militar. Este periodo, de 1824 a 1859, funcionó como un laboratorio moral de la república, en el que se definieron los principios de legalidad, austeridad, respeto y servicio.

El Estado costarricense comenzó a organizarse en torno a la idea de que la educación debía formar ciudadanos capaces de sostener la democracia. Como enfatiza Carlos Rivera: *“La democracia hay que fortalecerla, pero también hay que hacerla funcional, eliminando duplicidades institucionales y promoviendo el diálogo y los acuerdos.”*

Estos principios morales y educativos fueron esenciales para que la república temprana pudiera sostenerse sin depender de caudillos ni de la violencia como herramienta política.

En 1856, la invasión filibustera liderada por William Walker puso a prueba la integridad moral de la nación. Bajo el liderazgo de Mora Porras, Costa Rica no solo defendió su soberanía territorial, sino también su independencia moral. La Guerra Nacional fue una empresa colectiva de dignidad: campesinos, obreros y estudiantes lucharon por justicia, no por venganza.

El patriotismo se entendió como un acto de conciencia. La victoria en batallas como Rivas y Santa Rosa consolidó la idea de que la verdadera fuerza de Costa Rica radica en su ética y en la responsabilidad de cada ciudadano, no en el poder militar ni en la imposición de la autoridad. En este sentido, la historia demuestra que una democracia sólida requiere preparación y conocimiento, como recuerda Clinton Cruickshank, ex Diputado:

“Necesitamos que los políticos se preparen tanto como un médico o un ingeniero; si el político se equivoca, nos afecta a todos.”

Este principio puede trasladarse a toda la vida civil: la libertad no es un regalo, sino un compromiso con la educación, la ley y la participación responsable.

Tras la guerra, el país vivió un proceso de consolidación institucional y cultural. La república necesitaba no solo héroes, sino ciudadanos activos

y conscientes. La educación retomó un papel central: se multiplicaron las escuelas primarias, surgieron bibliotecas y periódicos, y los debates públicos comenzaron a forjar una cultura cívica sólida.

El civismo costarricense fue el fruto de un proceso educativo y moral: las fiestas patrias, las escuelas normales y los periódicos no enseñaban solo letras; enseñaban virtud y responsabilidad. Cada maestro, cada funcionario, era visto como un guardián del bienestar colectivo. Como afirma Eli Feinzaig, Candidato Partido Liberal Progresista:

El civismo también consolidó una noción de participación donde cada ciudadano es responsable de la democracia, no como un concepto abstracto, sino como una práctica cotidiana de ética y diálogo.

UNA REPÚBLICA DE CIUDADANOS

“Una democracia sólida requiere pesos y contrapesos, diálogo entre poderes y reconocimiento de los aciertos y errores de gobiernos anteriores.”

Al final del siglo XIX, la lección era clara: la libertad debía organizarse, educarse y cultivarse. La república no podía sobrevivir sin ciudadanos ilustrados y moralmente firmes. Se crearon instituciones civiles sólidas —tribunales, municipalidades, normas de responsabilidad pública— que reflejaban una visión ética del poder.

El ideal republicano costarricense nació de la conciencia colectiva: la paz, la educación y la justicia se colocaron como pilares de la política, no la violencia ni la coerción. La independencia moral se convirtió en la columna vertebral de la democracia costarricense, y sentó un estándar histórico: el poder solo es legítimo cuando respeta la virtud y la razón de los ciudadanos.

El nacimiento de la república costarricense fue una obra moral. Desde sus primeros pasos, el país comprendió que la libertad debía sostenerse en la educación, la justicia y la virtud. La historia de Costa Rica no se mide por las guerras que libró, sino por las que evitó; no por los imperios que

conquistó, sino por la libertad que preservó.

La independencia moral heredada de nuestros fundadores sigue siendo la piedra angular de nuestra democracia: un recordatorio de que sin conciencia y educación, no hay verdadera libertad.



*“La educación es la
forma más profunda
de moral social.”*

*Rodrigo Facio Brenes,
Miembro Fundador Del
Partido Liberación Nacional*



Capítulo 2

Aulas que Liberan

**La Educación Pública como Cimiento
de Identidad, Civilidad y Progreso.**



“La inversión en educación, salud y seguridad contribuye a la igualdad de oportunidades, un elemento central para la estabilidad y legitimidad de la democracia.”

Claudio Alpizar - Político

Desde los primeros años de la república, la educación fue concebida no como un privilegio, sino como un deber del Estado y un derecho del ciudadano. Los fundadores comprendieron que un pueblo libre debía ser, ante todo, un pueblo instruido. La escuela se convirtió en el primer templo civil, donde se cultivaba la inteligencia y se formaba la conciencia.

Nosotros, los costarricenses, heredamos esa convicción: la libertad no se impone, se enseña. La educación fue el medio por el cual se transmitieron los valores republicanos de disciplina, respeto, responsabilidad y amor por la patria.

Cada escuela, cada maestro y cada alumno eran parte de un experimento moral: formar ciudadanos capaces de sostener la democracia mediante el conocimiento, la ética y la cooperación. En los pueblos rurales, donde la pobreza era la norma y la distancia un obstáculo, los maestros convertían la enseñanza en un acto heroico y revolucionario.

*“El aula es la trinchera
más noble de la
República.”*

**Omar Dengo, Destacado Educador, Escritor,
Periodista y Humanista Costarricense**

LAS PRIMERAS LEYES EDUCATIVAS

La Constitución de 1847 y las reformas impulsadas por José María Castro Madriz sentaron las bases de la educación pública gratuita y obligatoria. En un país en su mayoría agrícola, disperso y con limitaciones económicas, la decisión de invertir en escuelas y maestros fue una apuesta histórica por la igualdad y la libertad.

El artículo constitucional de 1869 que estableció la gratuidad de la enseñanza primaria se convirtió en uno de los pilares más nobles de la nación, adelantando a Costa Rica casi un siglo respecto a la mayoría de sus vecinos en materia de educación pública. Las escuelas normales y los colegios cívicos no solo enseñaban a leer y escribir: enseñaban a convivir, a pensar, a ejercer la ciudadanía. Estas leyes reflejaban la conciencia de que la educación era la primera defensa de la república y un instrumento de justicia social: abrir aulas era abrir oportunidades y cerrar brechas de desigualdad.

Los maestros costarricenses se convirtieron en arquitectos invisibles de la democracia. Con recursos limitados, pero con una fe inmensa, enseñaron a generaciones enteras que la patria se construye primero en el alma y luego en las instituciones.

Emma Gamboa, Benemérita de la Patria por la Asamblea Legislativa de Costa Rica en 1980, lo resumió así: *“El maestro que enseña a pensar siembra libertad; el que enseña a obedecer sin razón, destruye la República.”*

Durante los siglos XIX y XX, figuras como Omar Dengo, Emma Gamboa, Carmen Lyra, Luis Demetrio Tinoco y Rodrigo Facio combinaron rigor académico con formación cívica. La escuela se

convirtió en un espacio donde la autoridad se ganaba con el ejemplo, donde la libertad se ejercía en el respeto mutuo y donde la igualdad no era

un ideal abstracto, sino una práctica cotidiana.

El aula se transformó en el primer parlamento de la vida civil, un lugar donde se aprendía a debatir, a escuchar y a asumir responsabilidades colectivas.

LA EDUCACIÓN Y LA IDENTIDAD NACIONAL

La educación costarricense no solo enseñó habilidades; forjó identidad. Himnos, efemérides, lecciones de historia y tradiciones

escolares se convirtieron en vínculos de pertenencia. Cada niño aprendió a amar su bandera y su escuela, no como un ritual vacío, sino como expresión de dignidad y respeto por la comunidad. Rodrigo Facio Brenes sintetizó esta idea:

“La patria se educa o perece.”

La escuela integró a campesinos, obreros y profesionales bajo un mismo ideal de civismo y paz. Gracias a la educación pública, la diversidad regional y social se

convirtió en una fortaleza, y la nación aprendió a reconocerse como una comunidad moral antes que territorial.

A finales del siglo XIX, Mauro Fernández Acuña consolidó la estructura moderna del sistema educativo, reorganizando programas, creando liceos y fortaleciendo la formación docente. Su visión fue clara: la educación debía ser un instrumento de ciudadanía activa, pensamiento crítico y progreso social.

Fernández Acuña comprendió que la escuela no era solo un espacio de transmisión de conocimientos, sino un lugar donde se formaban los valores de la república. La educación laica, científica y ética se convirtió en el corazón del Estado, garantizando que la libertad individual y colectiva estuviera respaldada por ciudadanos capaces de razonar y decidir.

A lo largo del siglo XX, la educación se consolidó como motor de movilidad y equidad social. Miles de familias accedieron a oportunidades antes inimaginables, gracias a becas, infraestructura escolar y programas de alfabetización. Luis Demetrio Tinoco, primer rector de la Universidad de Costa Rica, lo expresó con precisión: *“El conocimiento es la única herencia que no empobrece al que la da.”*

La escuela pública permitió que la justicia social se tradujera en oportunidad real, no en caridad o dádiva. Cada aula se convirtió en un espacio donde el futuro se abría por igual para todos, independientemente de su origen. La escuela fue el primer laboratorio de democracia. En ella

se practicaban valores fundamentales: respeto por el turno de la palabra, participación en decisiones y responsabilidad compartida. La autoridad no se imponía, se ganaba.

En cada aula, los niños aprendían que la libertad requiere disciplina, ética y compromiso colectivo. Esta formación cívica permitió que Costa Rica se convirtiera en un país sin ejército, donde los maestros se convirtieron en guardianes de la democracia.

La educación así concebida no solo instruye, sino que previene conflictos, fortalece instituciones y consolida la cultura política.

La educación ha sido el cimiento de nuestra libertad y de nuestra democracia. Ninguna república puede sostenerse sin ciudadanos formados en la ética, el respeto y la solidaridad.

El aula costarricense fue el primer parlamento de la historia nacional: un espacio donde se debatió sin violencia, se aprendió a escuchar y se cultivó la esperanza. Allí se construyó la fuerza moral de un país que abolió su ejército porque confió primero en los maestros.



*"Sin educación no hay
patria, y sin maestros
no hay libertad."*

*José María Castro Madriz, Primer Presidente
De Costa Rica - Fundador De La República*



Capítulo 3

El Despertar de una Nueva Conciencia

**Las Reformas Sociales
y el Pacto Solidario.**



“Costa Rica pasó de ser uno de los países más igualitarios del mundo a estar entre los ocho más desiguales; eso evidencia el fracaso del modelo actual.”

Clinton Cruickshank, ex Diputado

Cuando se mira hacia atrás, es difícil imaginar una Costa Rica sin servicios de salud universales, sin un sistema laboral que defendiera al trabajador o sin la universidad de referencia que marcó nuestro desarrollo humano. Sin embargo, antes de la década de 1940, esa era la realidad del país. La historia nos muestra que la justicia social no fue un regalo: fue una conquista moral, intelectual y política que redefinió la identidad costarricense.

A inicios del siglo XX, Costa Rica era próspera en apariencia, pero profundamente desigual. La economía cafetalera generó riqueza, aunque no para todos. Los campos verdes ocultaban un desequilibrio social que amenazaba con fracturar la joven democracia. Fue entonces cuando surgió una generación de líderes y pensadores que entendieron que la libertad sin justicia era tan solo una ilusión elegante.

La familia liberal que había fundado el Estado costarricense había hecho su parte: garantizó libertades, promovió la educación primaria y consolidó la ciudadanía política. Pero faltaba algo. Había que dar el paso de la libertad individual a la justicia social, transformar la democracia formal en una democracia vivida.

Las ideas humanistas, la doctrina social de la Iglesia y el cooperativismo crecieron como semillas fértiles en un país que comenzaba a preguntarse por el destino de los más vulnerables. El debate ya no era únicamente institucional. Era moral.

Fue entonces cuando el pensamiento de las élites costarricenses comenzó a mirar al obrero, al campesino, al enfermo sin recursos. Surgió una conciencia solidaria que tejió los primeros hilos del Estado social de derecho.

Los años cuarenta trajeron tensión y esperanza. Las huelgas obreras, la pobreza rural y las demandas del trabajador urbano pusieron a prueba el pacto social de la República cafetalera. En 1940, Rafael Ángel Calderón Guardia asumió la presidencia e inició una serie de reformas inspiradas tanto en la fe cristiana como en el sentido de responsabilidad cívica.

Calderón Guardia no actuó solo. Su alianza con el líder comunista Manuel Mora Valverde y con el arzobispo Víctor Manuel Sanabria Martínez fue ejemplo de diálogo posible entre horizontes distintos. En 1943, lograron unir tres visiones —la del Estado, la Iglesia y los trabajadores— en torno a un mismo ideal: la dignidad humana.

Con esa premisa ética, nacieron tres instituciones fundamentales: la Universidad de Costa Rica, la Caja Costarricense de Seguro Social y el Código de Trabajo. No fueron simples reformas. Fueron pilares de un nuevo pacto moral y civilizatorio.

EL PACTO SOCIAL DE 1943

Aquella alianza de 1943 sembró las bases del Estado solidario costarricense. No era solo una reforma. Era una revolución espiritual, sin armas ni barricadas, movida por una fe profunda en la dignidad del ser humano.

La Constitución de 1949 plasmó esa visión en su artículo 50, obligando al Estado a procurar el bienestar de todos los habitantes. Ese mandato sigue siendo uno de los signos más orgullosos de nuestra democracia, una antorcha que ilumina las generaciones.

El pacto de 1943 significó algo más que justicia laboral o acceso universal a la salud. Significó la decisión de construir una comunidad política donde el progreso se compartiera y el Estado sostuviera a quienes la fortuna dejaba atrás.

LA CREACIÓN DE LA UNIVERSIDAD DE COSTA RICA

La Universidad de Costa Rica, fundada en 1940, fue la primera semilla sembrada de ese proyecto. Rodrigo Facio Brenes concebía una institución que liberara el pensamiento y promoviera el compromiso ético con la patria. Su visión era clara: la educación superior debía estar al servicio del país, no de intereses particulares.

La UCR formó al ciudadano moderno costarricense, al científico, al humanista, al servidor público. De sus aulas han surgido voces capaces de orientar el rumbo nacional. Fue la primera respuesta del Estado al desafío de la ignorancia y la desigualdad educativa.

LA CREACIÓN DE LA CAJA COSTARRICENSE DE SEGURO SOCIAL

Un año después, en 1941, nació la Caja Costarricense de Seguro Social. Por primera vez, los trabajadores humildes tenían derecho a la salud. No como una limosna, sino como un derecho.

Los hospitales y clínicas crecieron como templos de humanidad, donde el dolor no tenía precio ni la enfermedad era una condena económica. La CCSS se convirtió en una de las instituciones más queridas del país, símbolo de la solidaridad concreta que distingue a Costa Rica.

EL CÓDIGO DE TRABAJO

El Código de Trabajo, promulgado en 1943, dio dignidad y protección al trabajador. Reconoció derechos como el salario mínimo, la jornada

limitada, las vacaciones y la organización sindical. Ya no eran derechos conquistados por la fuerza: eran ley.

Por primera vez en nuestra historia, el trabajo se reconoció como fundamento de la paz social y el progreso nacional. El obrero dejó de ser una pieza reemplazable para convertirse en ciudadano con derechos.

Las reformas de los años cuarenta no solo crearon instituciones: sembraron una cultura política. Su fruto sería la Segunda República, fundada en 1949, que consolidaría el modelo de Estado social costarricense.

LA SEMILLA DE LA SEGUNDA REPÚBLICA

Con diálogo, fe y razón se construyó una sociedad más cohesionada. A partir de entonces, el bienestar dejó de ser privilegio y se convirtió en política pública, en deber del Estado y en derecho cívico.

‘La democracia no solo es votar; es también participación en lo productivo, económico y financiero, ámbitos hoy concentrados en pocas manos.’

Clinton Cruickshank, ex Diputado

Hoy, el espíritu de ese pacto solidario nos llama a defender y modernizar esas instituciones. El reto no es menor: la desigualdad ha regresado y amenaza con romper el tejido social que aquel pacto construyó.

Las reformas de los años cuarenta transformaron el alma de Costa Rica. Dejamos de ser una república agrícola para convertirnos en una república solidaria. La justicia social se integró a la libertad como parte inseparable del ideal nacional.

Proteger ese legado no es una opción nostálgica: es un compromiso con nuestra historia y con las generaciones futuras. Nuestra democracia ha sido más fuerte cuando ha sido más humana. Y será más justa cuando recordemos que la solidaridad no es caridad, sino deber de Estado.

En el rostro de cada institución solidaria —la UCR, la CCSS, el Código de Trabajo— vive aún la promesa de un país donde nadie queda atrás.



*"El Estado no es dueño
del pueblo, sino su
servidor."*

*Rafael Ángel Calderón Guardia,
Reformador Social,
Presidente de Costa Rica de 1940 a 1944*



Capítulo 4

El Nacimiento de la Segunda República

Una Patria que Renace del Conflicto.



“Esto es la democracia: un proceso lento en el que hay que plantear los problemas, convencer a la gente de que existen y negociar acuerdos con las fuerzas políticas, empresariales y sindicales para llevarlos adelante.”

Miguel Ángel Rodríguez, Ex Presidente de la República

El año 1948 marcó una encrucijada en la historia costarricense, una herida que, aunque breve, dejó una marca permanente. Tras una elección altamente disputada, las tensiones sociales y políticas desembocaron en la guerra civil más corta y decisiva del siglo XX en América Latina. No fue una guerra ideológica, sino un enfrentamiento sobre la legitimidad del poder, sobre el alma misma de la democracia.

Pero en lugar de desangrarse en el rencor, Costa Rica eligió el perdón. Donde muchos países habrían tomado la senda de la venganza, aquí se trazó un camino hacia la reconstrucción espiritual y política. La victoria no se cifró en la derrota del adversario, sino en la responsabilidad de edificar una patria sin enemigos, una patria reunida.

José Figueres Ferrer, líder del movimiento de 1948, entendió que la guerra solo era legítima si conducía a la paz. Concluidas las armas, anunció algo extraordinario: que él mismo dejaría el poder, apenas meses después de la guerra. No hizo lo que tantos caudillos latinoamericanos hicieron tras sus triunfos: no se perpetuó, no hizo culto a su figura. La suya fue una visión de grandeza auténtica, no de dominio.

La verdadera victoria de Figueres fue no haber ganado la guerra, sino el haber comprendido que las revoluciones no se completan en las montañas, sino en la conciencia moral de los ciudadanos. La guerra de 1948 fue una tragedia, pero también un punto de partida: el nacimiento de la Segunda República.

LA ABOLICIÓN DEL EJÉRCITO

*“La paz es nuestra
fuerza; la educación,
nuestra espada; y
la justicia, nuestro
escudo.”*

**José Figueres Ferrer,
Fundador de la Segunda República**

El 1.º de diciembre de 1948, de pie ante los restos del Cuartel Bellavista, Figueres tomó una decisión que aún hoy asombra al mundo: abolió el ejército. Lo hizo sin consultar a potencias extranjeras, sin pedir permiso y sin mirar hacia atrás. Fue una decisión ética, filosófica. Pero también fue práctica: desarmar al Estado significaba armar a la sociedad, con libros, con hospitales, con instituciones.

Costa Rica tomó ese día un riesgo monumental, un salto hacia lo desconocido. En un planeta que se preparaba para la Guerra Fría y

veía la militarización como garantía de soberanía, esta pequeña nación eligió otra forma de defensa: su cultura cívica. Decidimos que sería la inteligencia, y no la fuerza, la que nos protegería.

El antiguo cuartel se convirtió en museo; las armas, en piezas de exhibición. Era un símbolo, sí, pero también un acto de pedagogía cívica: los niños crecieron viendo rifles detrás de vitrinas, aprendiendo que la violencia pertenece al pasado, no al presente. Y así nació una paz que no fue la paz de los cementerios, sino la de las aulas.

Como escribí más tarde un politólogo, *«El ejército no se abolió solo: se reemplazó por ciudadanía»*. Y desde entonces, cada generación ha heredado un país desarmado, pero nunca indefenso.

LA JUNTA FUNDADORA DE LA SEGUNDA REPÚBLICA

Entre 1948 y 1949, la Junta Fundadora de la Segunda República asumió el destino político del país. Fue un período extraordinario: sin partido político formal, sin Congreso en funciones, sin soldados en las calles. Fue, también, una pausa constituyente, un tiempo para repensar todo lo que se había heredado.

Durante esos 18 meses, no solo se redactó una nueva Constitución, sino que se diseñó un nuevo Estado. No se trató de repetir los modelos del pasado, sino de corregir sus errores. Por eso se creó el Tribunal Supremo de Elecciones (TSE), para garantizar que nunca más una elección se pusiera en duda. Por eso se fortaleció la independencia de los poderes del Estado, se dio autonomía a las universidades públicas y se creó el Banco Central, para ordenar la economía con visión nacional.

Cada reforma tenía una raíz ética: no podía haber democracia sin transparencia electoral, sin cultura reflexiva, sin estabilidad monetaria, sin justicia accesible. Cada institución fue una respuesta a una lección aprendida, a una sombra del pasado que se negó a repetir.

“El problema número uno en Costa Rica hoy es el nivel político, no hay estudio, no hay ideas”, nos recuerda Francisco Morales, politólogo, al subrayar la importancia de contar con instituciones con visión de futuro. Aquella Junta entendió esto profundamente: que la democracia no sobrevive con improvisación, sino con estudio y responsabilidad.

LA CONSTITUCIÓN DE 1949

El 7 de noviembre de 1949 se promulgó la nueva Constitución Política, el texto fundacional de la Segunda República. No fue solo una compilación de artículos: fue un pacto moral entre ciudadanos. Allí se consagraron los derechos sociales, la soberanía popular, la libertad de prensa, el carácter civil del Estado y una estructura republicana sin ejército.

El artículo 12 abolió las fuerzas armadas. El artículo 33 garantizó la igualdad ante la ley. Y el artículo 50 dio vida al Estado social:

“El Estado procurará el mayor bienestar de todos los habitantes del país.”

Cada frase fue escrita con la memoria del dolor reciente, pero también con la esperanza del porvenir. La Constitución no fue una obra de juristas aislados, sino un diálogo nacional.

“Los contrapesos institucionales son esenciales para que la democracia subsista, evitando la concentración de poder en un solo gobernante”, afirma Gustavo Araya, politólogo contemporáneo. Es un eco directo de lo que los constituyentes comprendieron en 1949: que una república solo es democrática cuando el poder se distribuye, se controla y se limita.

Durante las décadas de 1950 y 1960, el país se dedicó a organizar la vida democrática con un nuevo aparato institucional, ahora respaldado por consenso y visión compartida. Se crearon instituciones fundamentales: el ICE, el INS, el CNP, y más tarde el IMAS, entre otras. Cada una de

ellas nació no como entidad burocrática, sino como motor de desarrollo

humano.

La electricidad, los seguros, la producción agrícola, la lucha contra la pobreza: todo esto dejó de ser privilegio para convertirse en derecho. El Estado dejó de ser un simple administrador y se convirtió en mediador de oportunidades. La política pública empezó a tener rostro humano.

La paz no se impuso por decreto ni se sostuvo con discursos. Se construyó en las aulas, en las comunidades, en las prácticas cotidianas del civismo escolar. Las elecciones se volvieron rituales colectivos, la alternancia en el poder, una costumbre cívica. La prensa libre se convirtió en un centinela permanente. La década de 1950 fue la primera generación sin ejército, y la ciudadanía respondió con compromiso. Costa Rica empezó a ser reconocida en el mundo no por su fuerza, sino por su ejemplo. La civilidad se volvió identidad nacional.

La abolición del ejército no significó aislamiento. Al contrario: permitió a Costa Rica convertirse en motor de paz en el mundo. El país fue sede de la Corte Interamericana de Derechos Humanos y de la Universidad para la Paz. Más aún, participó activamente en procesos de mediación regional, demostrándole al mundo que una nación desarmada podía ser líder en dignidad. Ese es el legado de 1948: una paz que habla, que actúa, que se proyecta. Una paz que no es ausencia de guerra, sino presencia de justicia.

La Segunda República fue mucho más que un cambio constitucional: fue el nacimiento de una nueva ética política. Dejó claro que la democracia no se impone, se consensúa; no se hereda, se construye. Desde entonces, cada institución creada, cada escuela abierta, cada elección realizada ha sido parte de ese pacto fundacional.

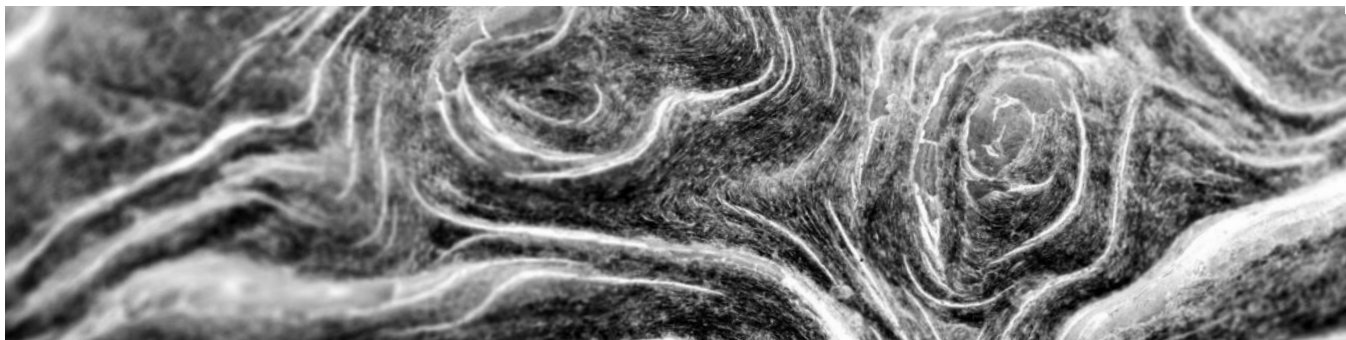
La Costa Rica de hoy —crítica, imperfecta, desafiante— sigue nutriéndose de aquel espíritu: de la convicción de que el poder solo adquiere sentido si está al servicio del ser humano, y de que la paz es una obra diaria, paciente y colectiva.

Este es el legado que heredamos. Este es el legado que debemos defender.



*“La unión de las
conciencias vale más
que la fuerza de las
armas.”*

*Monseñor Víctor Manuel Sanabria,
Benemérito de la Patria
por la Asamblea Legislativa*



Capítulo 5

Arquitectura del Bien Común

**La Expansión Institucional
del Estado Costarricense.**



“Costa Rica es reconocida como un ejemplo a seguir en el mundo, consolidando su posición como una democracia estable y confiable.”

Daniel Suchar, Economista

No hay país que se construya solo sobre discursos. El prestigio de Costa Rica, el que tanto reivindicamos en foros internacionales, no surgió de la nada ni se alimenta únicamente de nuestro orgullo democrático. Se levantó sobre decisiones concretas, sobre reformas institucionales que se atrevieron a imaginar un Estado que fuera más que un administrador: un promotor activo del bienestar de su pueblo. Y, sin embargo, pareciera que en el torbellino actual de dudas, polarización e inercia política, hemos olvidado cómo llegamos a ser un referente internacional. Este capítulo no es solamente un repaso de leyes, fechas y nombramientos: es una invitación a recuperar esa memoria de construcción colectiva que sentó las bases de nuestra institucionalidad moderna.

A veces, volver a la historia es un acto urgente. No como quien desempolva un pasado que ya no dice nada, sino como quien entiende que nuestra capacidad actual para actuar con claridad depende de recordar por qué fuimos grandes. La expansión institucional del Estado costarricense, desde mediados del siglo XX hasta finales del mismo, fue uno de esos momentos irrepetibles en los que la visión política se encontró con las necesidades reales del pueblo y las alineó en torno a un proyecto: consolidar una democracia que no fuese meramente procedimental, sino profundamente material y accesible.

Cuando la convocatoria por el bienestar dejó de ser un adorno retórico y se convirtió en prioridad práctica, el Estado dejó de ser observador y pasó a ser participante activo del desarrollo. Fue entonces cuando se comprendió que la democracia requería algo más que elecciones periódicas: necesitaba condiciones de vida digna para todos, servicios públicos eficientes y una visión a largo plazo.

La expansión institucional del Estado costarricense durante este período rompió con la idea del Estado espectador para posicionarlo como catalizador del desarrollo. Se crearon instituciones que regularon mercados, garantizaron acceso a salud, fomentaron vivienda digna, protegieron recursos naturales y democratizaron la riqueza social. No fue un proceso lineal o exento de críticas, pero sí fue profundamente significativo. Desde la Caja Costarricense del Seguro Social hasta instituciones como el Instituto Nacional de Vivienda y Urbanismo (INVU), las decisiones fueron coherentes con un espíritu reformista, preocupado por incluir y no por excluir.

Aquí no se trató solo de construir edificios o firmar decretos. Se trató de sentar sentido común institucional desde la perspectiva del bien común. Esa visión se sostuvo gracias a una narrativa colectiva que apostó por el “nosotros” por encima del “yo”, aunque hoy cueste reconocerlo en la fragmentación que nos rodea.

LA REVOLUCIÓN DE 1948 Y SUS EFECTOS INSTITUCIONALES

La Guerra del 48 fue un episodio determinante, sí, pero no fue el punto final: fue el punto de partida. La abolición del ejército —hito simbólico y estratégico— abrió un

espacio financiero y emocional para que la seguridad pública dejara de ser un asunto militarizado y pasara a ser un asunto civil. Esta decisión permitió redirigir recursos hacia educación y salud, traducándose en una redefinición del rol del Estado como brazo organizador de la sociedad, no como fuerza coercitiva.

Esta expansión estuvo anclada en una profunda confianza en el futuro del país. No fue solo la firma de pactos ni acuerdos políticos: fue una apuesta moral. Apostar a la educación, por ejemplo, fue apostar a generaciones que aún no habían nacido, pero que serían fruto de ese legado.

¿Dónde quedó esa visión hoy? ¿Quién recoge ese relevo?

El Estado, al expandirse, encontró otro desafío inevitable: debía entrar activamente en el plano económico para equilibrar los juegos del mercado. No lo hizo con intención de suplantar la iniciativa privada, sino de complementarla y corregir sus excesos. Bancos estatales, empresas públicas, monopolios estratégicos: cada paso fue juzgado en su tiempo, muchos fueron resistidos, pero con el paso del tiempo mostraron coherencia con la lógica de bienestar social.

La seguridad alimentaria, por ejemplo, pasó a ser política de Estado. La electrificación rural, que multiplicó oportunidades en rincones donde antes solo había oscuridad, fue decisión estatal. Todo ello consolidó una narrativa donde el desarrollo era un derecho, no un privilegio.

Si hay una institución que sintetiza mejor que ninguna el espíritu del Estado costarricense del siglo XX, es la Caja Costarricense del Seguro Social (CCSS). Su creación y expansión no solo cambiaron la expectativa de vida de la población; también transformaron el vínculo entre ciudadano y Estado. No es casualidad que sea, aún hoy, una de las instituciones más

defendidas por la ciudadanía. La salud dejó de ser un asunto privado para convertirse en un servicio accesible para todos. Y esa decisión fue profundamente política.

La educación pública fue otro eje fundamental. Se construyeron escuelas en zonas rurales donde antes solo existían fincas y brechas sociales. Se apostó por la formación de maestros, por la creación de contenidos y por un modelo escolar que no solo transmitiera conocimientos, sino valores democráticos.

*“El respeto, la ética
y la educación
en la política son
indispensables
para que los líderes
sirvan de ejemplo
y fortalezcan la
confianza en
las instituciones
democráticas.”*

Claudio Alpizar - Politólogo

Educar no era solo instruir; era formar seres humanos conscientes de su papel en una sociedad plural y democrática. El Ministerio de Educación Pública se convirtió en una plataforma de movilidad social, un puente entre el presente desigual y el futuro posible. Educación y democracia crecieron juntas. La apertura institucional fue una expansión de mentalidades antes que una expansión de edificios.

Cuando uno mira hacia atrás, puede sentir nostalgia o inspiración. En este caso, debería sentirse responsabilidad. La expansión institucional del Estado costarricense fue un proyecto ético y político que apuntó alto porque creía en la dignidad de su ciudadanía. Pero el paso del tiempo, la complejidad global y las inercias internas han diluido parte de ese espíritu. Hoy, ante la crisis de legitimidad institucional,

la pregunta es tan urgente como simple: ¿qué estamos haciendo con la herencia que recibimos? ¿Acaso la estamos administrando como archivo muerto, olvidando que fue una construcción viva?

La restauración del prestigio institucional no será fruto de discursos fáciles ni de reformas cosméticas. Será fruto de volver a entender al Estado como herramienta, no como fin. Un Estado que inspire, que convoque, que solucione.



*“El Estado es fuerte
cuando su propósito
es servir.”*

*Daniel Oduber Quirós,
37.º Presidente de la República de Costa Rica
de 1974 a 1978*



Capítulo 6

El Pacto Invisible

**El Equilibrio
entre Libertad y Justicia.**



“La democracia está bajo asedio en todo el mundo, no solo en América Latina; incluso sociedades prósperas como Estados Unidos y Europa viven el auge de movimientos antidemocráticos.”

Miguel Martí, Escritor

En la historia de un país, hay momentos en que las fechas y las leyes no bastan para explicar lo que hemos vivido. A veces, para comprendernos, necesitamos escuchar nuestra propia voz, volver a mirar la experiencia con los ojos de quien la habita y no solo de quien la registra. Este capítulo marca ese punto de inflexión: la entrada a una narrativa más íntima sobre nuestra democracia. Aquí, ya no solo contamos la historia: la recordamos, la sentimos, la ponemos a prueba.

A partir de este momento, los hechos conviven con la reflexión. La memoria pública se une a las vivencias personales. Costa Rica no es únicamente un caso excepcional para la ciencia política: es también un hogar hecho de valores, decisiones colectivas y dudas compartidas. Hablar del equilibrio entre libertad y justicia es hablar de cómo hemos sido, pero también de cómo seguimos siendo.

Este es, entonces, un viaje hacia la raíz de nuestra democracia: sus luces, sus sombras y su persistente pregunta moral.

LA MADUREZ DEL MODELO COSTARRICENSE

A finales del siglo XX, Costa Rica alcanzó una madurez política que sorprendió a un continente sacudido por dictaduras, guerras civiles y crisis institucionales. Mientras los fusiles resonaban en Guatemala, Nicaragua o El Salvador, en nuestro país se escuchaban otras voces: las del diálogo, la negociación y la confianza institucional. No fue casualidad. Habíamos invertido más de un siglo en formar una ciudadanía educada, pacífica y consciente del poder de su voto.

Podríamos decir que Costa Rica se convirtió, durante los años setenta, en un laboratorio vivo de convivencia democrática. Allí, la libertad encontró su equilibrio natural en la justicia. “*No hay libertad sin responsabilidad ni justicia sin solidaridad*”, era una idea que resonaba como un eco moral compartido por la sociedad. Se trataba menos de un eslogan que de una convicción profundamente arraigada en el alma nacional.

En ese sentido, nuestra democracia no fue solo una arquitectura institucional, sino una filosofía de vida en común. Y esa madurez se manifestó en cada elección, en cada junta de vecinos, en cada salón de clase donde se discutía qué significaba ser costarricense.

Durante los años setenta y ochenta, la política en Costa Rica fue vista, mayoritariamente, como una vocación de servicio. Quienes asumían la función pública lo hacían bajo la premisa de que el poder era un medio, no un fin. Desde el liderazgo de figuras como José Figueres Ferrer, Daniel Oduber Quirós, Luis Alberto Monge Álvarez y Óscar Arias Sánchez, se instaló una forma de entender el gobierno: gobernar no era mandar, sino comprender y acompañar.

La política era, en esa época, una pedagogía moral. Se discutía sobre el bien común, sobre el deber del Estado frente a los más vulnerables. Se hablaba de futuro, no de ganancia inmediata. El tripartismo –el diálogo entre Estado, empresa privada y trabajadores– se convirtió en una escuela viva para la negociación social. No se trataba de imponer razones, sino de construirlas en conjunto.

Entre 1960 y 1980, Costa Rica apostó por una economía mixta, donde Estado, empresa privada y cooperativismo trabajaban como engranajes complementarios. La prosperidad no era sinónimo de acumulación individual, sino de bienestar colectivo. El desarrollo era justicia en movimiento.

La época dejó marcada esta idea: <La democracia no es silenciosa, pero su conflicto es civilizado: es diálogo, es disenso sin destrucción>. Esto no solo describía una forma de ejercer la política, sino una forma de vivirla.

Al ver surgir cooperativas agrícolas y financieras, la gente comprendió que la democracia no solo se vota: también se produce, se cosecha, se administra. El INFOCOOP, por ejemplo, no nació como una simple institución, sino como un recordatorio de que la riqueza podía ser distribuida con inteligencia. No había oposición entre libertad de mercado y solidaridad social: había una conversación viva que buscaba armonizar ambas.

Se consolidó así un modelo económico con alma.

La madurez democrática de Costa Rica no se quedó dentro de sus fronteras. En plena Guerra Fría, mientras Centroamérica ardía en conflictos armados, nuestro país decidió que su papel en la región no sería el de espectador ni el de cómplice, sino el de mediador. Un país sin Ejército enseñaba, desde su propia experiencia, que la seguridad y la dignidad no siempre vienen de las armas.

“La libertad necesita pan, pero el pan sin libertad tampoco nutre”

En 1987, el presidente Óscar Arias Sánchez lideró la firma de los Acuerdos de Esquipulas II, que abrieron las puertas al fin de las guerras civiles en Centroamérica. Por ello recibió el Premio Nobel de la Paz. Y aunque el premio llevara su nombre, la intuición que lo hizo posible era nacional: Costa Rica demostró que un país pequeño, pero moralmente firme, podía frenar la caída de una región entera.

La voz de la época lo expresó así: *“La paz no es ausencia de balas, sino presencia de justicia”*. Desde entonces, la diplomacia costarricense se convirtió en una bandera activa en foros internacionales sobre derechos humanos, desarme y cooperación solidaria.

LA JUSTICIA COMO HORIZONTE MORAL

La justicia en Costa Rica empezó a definirse no solo como instrucción legal, sino como compromiso ético. Durante la consolidación de la

Segunda República, se fortaleció el Poder Judicial y se creó la Defensoría de los Habitantes, una institución que simbolizaba la cercanía entre el Estado y el ciudadano común.

Uno de los hitos más significativos fue la creación de la Sala Constitucional en 1989. Desde ese momento, cualquier persona, sin importar su condición, podía apelar a la Constitución para defender sus derechos. La justicia dejó de ser inaccesible. Se volvió humana, cercana, reconocible.

En aquellos años se repetía una enseñanza: “El ciudadano no le debe temor al juez, porque el juez es el guardián de su libertad”. Esa frase condensaba una lección profunda: el rol del derecho no era intimidar, sino proteger.

La democracia costarricense no habría sobrevivido sin una ciudadanía activa. A partir de los años setenta, la educación cívica se promovió no solo en las escuelas, sino también en cooperativas, sindicatos, asociaciones de desarrollo y medios de comunicación. La democracia dejó de ser un evento periódico, ligado a las elecciones, para convertirse en un hábito cotidiano.

La pluralidad se asumió como riqueza cultural. La crítica se vio como una expresión legítima de cuidado democrático. Y la participación ciudadana empezó a ser un espejo de nuestra identidad. En cada junta escolar, en cada cabildo abierto, en cada centro universitario, se vivía el ejercicio constante de lo que se enseñaba: que la democracia se practica, no se presume.

Si se nos pidiera condensar en una sola frase el mayor aporte de Costa Rica al debate democrático, podríamos decir esto: *“Hemos aprendido a equilibrar libertad y justicia sin sacrificar la paz.”* Ese equilibrio, persistente e imperfecto, ha sido nuestra brújula nacional.

Desde los obstáculos económicos hasta las tensiones políticas, Costa Rica ha sabido rectificar sin romper, y soñar sin perder el suelo. No hemos sido un país perfecto, pero sí uno que se rehúsa a renunciar a su propio horizonte ético.

El modelo democrático costarricense alcanzó, durante las últimas décadas del siglo XX, una combinación luminosa de libertad, ética y justicia social. Su logro no radicó solo en la letra de sus leyes, sino en la pedagogía cívica que construyó en su gente.

Mientras otros confundieron poder con grandeza, nosotros descubrimos que la verdadera grandeza está en servir. Y mientras otras naciones buscaron estabilidad en la fuerza, nosotros la encontramos en la educación, el trabajo y el respeto mutuo.

La lección de fondo es clara: la democracia no se hereda—se cultiva. Y su permanencia depende siempre de nuestra capacidad para cuidar ese equilibrio vital que nos hace, ante todo, humanos.



*“El equilibrio entre
libertad y justicia es la
medida moral de
toda nación.”*

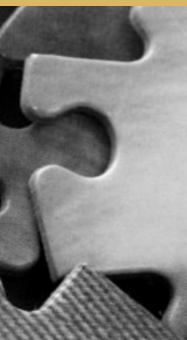
*Óscar Arias Sánchez
Premio Nobel de la Paz 1987
Presidente de Costa Rica
(1986-1990 y 2006-2010)*



Capítulo 7

Ciudadanos al Mando

**La Fuerza del Liderazgo Civil
en el Desarrollo de la Democracia.**



“Todos somos una pieza importante de un rompecabezas, y para que funcione, tenemos que entender nuestro rol y jugarlo bien.”

**Juan Ignacio Pérez - Presidente de CACIA
(Camara Costarricense de la Industria Alimentaria)**

Hay un momento en la vida cívica de un país donde la democracia deja de ser aspiración y se convierte en práctica: donde la disciplina colectiva es más fuerte que la improvisación, y donde cada ciudadano, aún sin saberlo, se vuelve guardián del bien común. Ese momento llegó para Costa Rica hacia finales del siglo XX, cuando el civismo dejó de enseñarse solo en las escuelas y comenzó a respirarse en las comunidades, en las urnas, en la conversación cotidiana.

Recuerdo las palabras de mis padres cuando hablaban de ir a votar o de escuchar a los expresidentes en la radio: lo hacían con una mezcla de respeto y responsabilidad. Nunca hubo que pedirles que creyeran en el sistema; ellos eran el sistema, porque se sentían parte de algo más grande que sus propias necesidades. Esa confianza no nació de un decreto, ni de un líder iluminado. Nació de la educación pública, del ejemplo institucional, y del hábito de resolver sin romper, de debatir sin destruir.

El civismo se volvió una costumbre casi involuntaria: como respirar. Costa Rica había llegado a un punto donde las diferencias ideológicas no eran sinónimo de enemigos; donde el desacuerdo no era una afrenta, sino la señal de una democracia viva. Ser costarricense empezaba por ser ciudadano, por entender que la pertenencia al país incluía tanto derechos como deberes.

Se decía en los barrios que “nadie enseña civismo como el ejemplo”. Y era cierto. La alternancia pacífica en el poder, los pactos sociales y el respeto a los procesos electorales no eran actos heroicos, sino rutinas nacionales que el pueblo adoptó como suyas. La democracia dejó de ser un ideal para volverse comportamiento cotidiano: en el hogar, en la calle, en el aula.

El paso del siglo había dejado un legado difícil de ignorar. Desde la voz disruptiva de José Figueres hasta la visión internacionalista de Óscar Arias, los expresidentes de Costa Rica actuaron —con luces y sombras— como pilares simbólicos del civismo nacional. Más allá de sus ideologías, construyeron un espacio moral donde el liderazgo era ejemplo antes que poder.

No se trató de una élite política intocable. Muchos de ellos caminaron hacia su propio exilio político después de gobernar. Pero lo hicieron bajo una regla no escrita: la madurez democrática significaba saber retirarse, no perpetuarse. Es ahí donde la política costarricense encontró una brújula distinta a la de sus vecinos. Si había grandeza, era la de saber soltar el poder.

Como dijo Jonathan Prendas, “*Si antes de abrir la boca escuchamos, antes de decidir integramos, todos se sienten parte y salimos adelante.*” Ese principio fue —y sigue siendo— la base del liderazgo moral que ha sostenido a nuestra democracia.

Una democracia madura necesita algo más que voluntad política: necesita conocimiento democratizado. En las décadas de 1970 y 1980, Costa Rica dio uno de los pasos fundamentales en esa dirección: amplió la educación superior y técnica. La Universidad

de Costa Rica dejó de ser el único faro académico, y con ella surgieron la UNA, el TEC, la UNED y los colegios técnicos del INA.

El hijo del agricultor de Pérez Zeledón podía graduarse de ingeniero eléctrico. La hija de una costurera de Santa Bárbara podía convertirse en médica. Un país pequeño comenzaba a parecer inmenso porque ya no dependía de élites ilustradas, sino de trabajadores ilustrados. El saber se transformó en herramienta de movilidad social y en cimiento político. Con esa expansión, nació una amplia clase media, crítica y participativa, que exigía más, que debatía más y que votaba mejor.

LA MODERNIZACIÓN DEL ESTADO Y LA SOCIEDAD CIVIL

A la par del crecimiento educativo, otro fenómeno surgía: la modernización del Estado y la aparición de nuevos actores en el debate público. El país, enfrentado

a la globalización, tuvo que acelerar reformas, abrir fronteras, revisar instituciones. Pero nada de eso lo hizo solo. Lo hizo con la participación de asociaciones de desarrollo, sindicatos, ONG, cooperativas, cámaras empresariales y movimientos sociales.

El liderazgo político dejó de ser vertical y empezó a convivir con voces ciudadanas. Las mujeres, los jóvenes, los ambientalistas y los indígenas comenzaron a reclamar espacio. Ya no era suficiente con ser “parte del país”; había que participar activamente en las decisiones.

Ahí empezó la complejidad del sistema democrático: cuando cada quien encontró no solo su derecho a hablar, sino también su responsabilidad de escuchar. Sin esa doble entrada, no puede haber deliberación sana. Y es lo que hoy parece estar en riesgo, cuando la crispación sustituye al diálogo y la acusación reemplaza al argumento.

La madurez democrática exige más que instituciones: exige decencia. No basta con votar; hay que respetar al votado y vigilar al que gobierna. En las últimas décadas del siglo XX, Costa Rica apuntaló una serie de mecanismos que se volvieron protectores del sistema: la Contraloría, la Defensoría de los Habitantes, la independencia judicial, la prensa libre.

Es cierto: no todos los líderes cumplieron con el ideal ético. Pero el sistema fue más grande que sus errores. La función pública se convirtió —gradualmente— en un ejercicio visible, auditado. Ser político empezó a ser también un riesgo de exposición. Y eso fortaleció la democracia. La transparencia, así lo entendimos, no es solo técnica. Es virtud cívica.

LA MUJER COSTARRICENSE EN LA DEMOCRACIA

No se puede hablar de madurez cívica sin hablar de la mujer. Desde 1949, cuando se reconoció su derecho al voto, hasta 2010,

cuando una mujer llegó por primera vez a la Presidencia, Costa Rica vivió una transformación silenciosa y necesaria.

No fue un gesto de inclusión; fue un acto de justicia. Las mujeres no llegaron a la política para cumplir cuotas, llegaron para enriquecerla con su mirada, con su resiliencia, con su capacidad de construir comunidad. En la educación, en la salud, en la cultura y en la empresa, la participación femenina amplió los horizontes del civismo. Como dijo Vicky Ross:

Tal vez sea la mirada femenina la que hoy nos recuerda ese puñado de puentes que necesitamos reconstruir.

Nuestra madurez como país, no es un cheque al portador; es una tarea diaria. Ninguna conquista cívica es irreversible. La educación puede deteriorarse, el diálogo puede romperse, la ética puede declinar. Que hayamos construido una ciudadanía responsable no nos perdona la tarea de actualizarla.

“Hemos perdido la capacidad de construir puentes entre diferentes grupos y personalidades, afectando la concertación y la solución conjunta de problemas sociales.”

El civismo hoy significa resistir la tentación de destruir lo que necesitamos transformar. Significa participar, votar, debatir... pero también escuchar, reconocer, ceder. La verdadera libertad no es ausencia de límites: es capacidad de elegir con responsabilidad.

Nuestro esfuerzo democrático no ha sido un regalo: ha sido la suma de esfuerzos colectivos, de generaciones que creyeron en la palabra antes que en el puño. Hoy, la democracia es una promesa que renovamos.

El liderazgo del futuro deberá parecerse menos al orador imponente y más al hombre o la mujer que dialoga, que estudia, que convoca. La democracia, al fin, no es un ejercicio del poder, sino de la convivencia. Y un país como el nuestro ha demostrado —con errores, con aciertos— que es posible madurar sin perder la inocencia, y que es posible crecer sin ceder al cinismo.

La pregunta que sigue abierta es esta: *¿estamos dispuestos a seguir siendo esa ciudadanía vigilante que construyó una sociedad sin ejército y con escuelas en cada rincón? O, como advertía Francisco Morales, ¿vamos a permitir que la falta de ideas, de estudio y de visión erosione la obra que recibimos?*

La respuesta aún está en nuestras manos.



*“La democracia no
puede existir donde
el alma del pueblo
no la sostiene.”*

*José Figueres Ferrer,
Abolió el Ejército de Costa Rica
y Gobernó el País en tres periodos
(1948-1949, 1953-1958 y 1970-1974)*



Capítulo 8

Patria Globalizada

**Los Dilemas de Proteger
la Autonomía en un Mundo
Interconectado.**



“Los medios de comunicación son esenciales para la democracia, pues permiten el ejercicio ciudadano de la libertad de expresión, investigan y denuncian, y mantienen la pluralidad de opiniones.”

Raúl Silky Jiménez, Ex Presidente del Colegio de Periodistas

A veces, miro hacia atrás y me pregunto si Costa Rica estaba realmente lista para los desafíos del nuevo siglo. Entramos al siglo XXI con grandes esperanzas: la democracia parecía fuerte, la economía prometía estabilidad y el modelo social costarricense seguía siendo una inspiración internacional. Sin embargo, lo que vino después nos obligó a despertar: la globalización, con su ritmo vertiginoso e implacable, no solo expandió mercados y conectó naciones, sino que también transformó la manera en que entendemos nuestra propia identidad como pueblo.

Lo que antes se sentía claro y cercano —la idea de patria, justicia social, soberanía y hasta los valores que nos guiaban— empezó a volverse más difuso. Las fronteras no desaparecieron, pero se volvieron menos sólidas. El mundo se abrió, sí, pero también nos exigió ser más conscientes de nosotros mismos. La globalización no solo cuestionó nuestras economías, sino nuestra cultura, nuestra política y, sobre todo, nuestra capacidad de decidir en medio de fuerzas gigantescas e invisibles.

Hoy, lo que está en juego no es únicamente la estabilidad de nuestras instituciones, sino algo más profundo y existencial: la soberanía de nuestro espíritu democrático.

COSTA RICA EN EL NUEVO TABLERO GLOBAL

Desde el ingreso de Intel hasta la aprobación del CAFTA (Tratado de Libre Comercio entre República Dominicana, Centroamérica y

Estados Unidos), pasando por la expansión del turismo y el auge de los servicios, Costa Rica se insertó en la economía mundial como un país abierto, competitivo y con vocación de progreso. La inversión extranjera directa trajo empleos y tecnología, las exportaciones se diversificaron y el país se consolidó como un referente de estabilidad en la región.

Pero algo quedó pendiente: la equidad. Mientras San José se conectaba con Silicon Valley, otras regiones seguían viviendo con rezagos de décadas. El auge no llegó para todos, y la brecha entre lo urbano y lo rural empezó a hacerse más evidente. Lo advirtió ya uno de los protagonistas de este libro, Juan Ignacio Pérez - Presidente de CACIA:

Esa incapacidad de acordar, de conciliar en medio de un país que ya no es el de 1950, sino un Estado interdependiente, expuesto a los mercados globales y a nuevas tensiones geopolíticas, se ha convertido en una de nuestras mayores debilidades.

La globalización, sin duda, impulsó nuestro desarrollo económico, pero también aceleró nuestras fracturas sociales. La democracia, que había construido tanto desde la inclusión, empezó a resentir la ausencia de un proyecto común para el siglo XXI.

“No hemos logrado sentarnos a dialogar como país. Grandes inversiones en infraestructura no se hacen por falta de acuerdos, no por falta de plata, conocimiento o talento.”

Hoy, la soberanía ya no se defiende solo con fronteras. Se defiende con decisiones inteligentes, con instituciones fuertes y, sobre todo, con ciudadanos conscientes. Costa Rica aprendió a construir su identidad política sobre valores como la paz, la justicia social, la educación y la

libertad de prensa. Y esos valores siguen siendo nuestras mejores armas ante los riesgos de una globalización que a veces no tiene rostro.

Uno de los riesgos más graves de esta nueva era es el debilitamiento del debate democrático. La soberanía no se pierde solo cuando un país es invadido o cuando su economía es dominada por otras potencias. Se pierde también cuando la ciudadanía deja de creer en sus instituciones, cuando el diálogo se rompe, cuando la prensa es intimidada, o cuando la política se convierte en un espectáculo sin consecuencia.

Sin instituciones que respondan a la gente y sin una cultura cívica que defienda lo común, la globalización puede volverse una fuerza destructiva, que arrasa lo local sin construir lo universal.

En este torbellino, lo que nos queda como ancla es nuestra identidad. Una identidad que no es un museo ni una nostalgia vacía, sino una fuerza viva, en constante renovación. Nuestra lengua, nuestra historia, nuestra cultura de paz, nuestro amor por la naturaleza... todo eso sigue diciéndonos quiénes somos en un mundo que pretende homogeneizarnos.

Hoy, en el siglo XXI, se resiste en políticas de sostenibilidad, de conservación forestal y de su liderazgo ambiental. No porque sea rentable, sino porque es coherente con lo que somos.

Pero no basta con mirar hacia atrás. Necesitamos volver a creer en el proyecto común, actualizar nuestra promesa democrática y hacer de la globalización un puente, no una amenaza.

*“Abrirse al mundo
no significa perder
la patria, sino
compartirla.”*

**Luis Guillermo Solís Rivera,
47.º Presidente de la República de Costa Rica**

La historia nos enseñó que una nación pequeña puede tener una misión grande. Ya no basta con buscar estabilidad económica o política: tenemos que construir sentido. La globalización nos empuja a participar, a ser

creativos, a defender lo que amamos y a aprender de los demás sin dejarnos arrastrar.

Costa Rica no tiene que renunciar a su esencia para dialogar con el mundo. Más bien, tiene que reafirmarla. Ser costarricense, hoy más que nunca, significa ser libre, solidario, empático, educado, y profundamente democrático. Significa construir acuerdos, proteger el ambiente, defender la palabra, y mirar hacia afuera sin soltar las raíces.

La globalización no es un enemigo, pero tampoco es un destino. Es una oportunidad para demostrarnos, una vez más, que las naciones no se definen por su tamaño, sino por sus valores.



*"La soberanía no
consiste en aislarse,
sino en decidir con
dignidad."*

*Luis Alberto Monge Álvarez,
Presidente de Costa Rica de 1982 a 1986*



Capítulo 9

Democracia Digital

**La Interacción entre Jóvenes,
Tecnología y Ciudadanía Activa.**



*“La participación ciudadana
está disminuyendo porque la
credibilidad en el sistema político
ha caído, y la gente exige pruebas
de que la democracia realmente
funciona.”*

Gustavo Araya, Politólogo

Vivimos una revolución tecnológica comparable solo con la invención de la imprenta o la electricidad. Internet, la inteligencia artificial, las redes sociales y la automatización han transformado la manera en que pensamos, aprendemos y nos relacionamos. La tecnología no solo conecta dispositivos: conecta conciencias, emociones y perspectivas. Cada mensaje que compartimos, cada búsqueda que hacemos y cada interacción digital tiene un efecto tangible en la forma en que nos vinculamos con los demás y con el Estado.

Pero esta revolución no es neutral. Puede fortalecer la democracia o erosionarla. Puede amplificar la libertad o consolidar desigualdades, manipular opiniones y fragmentar sociedades. Por eso, la transformación digital es también una transformación moral. Nuestro desafío como costarricenses es aprender a navegar estos espacios sin perder la esencia de nuestra convivencia ciudadana, nuestra capacidad de diálogo y la conciencia ética que ha caracterizado históricamente nuestra democracia.

La juventud costarricense ha sido siempre protagonista de los grandes cambios sociales y políticos. Desde los estudiantes que impulsaron las reformas educativas en los años setenta, hasta los jóvenes ambientalistas de hoy que defienden los parques nacionales, los ríos y los océanos, cada generación ha reinterpretado el significado de “patria”. Hoy, las formas de participación se diversifican. No basta con votar; la democracia se construye en laboratorios de innovación, talleres de arte, proyectos comunitarios, y plataformas digitales donde se enseña y se aprende simultáneamente. Cada acción responsable, cada iniciativa solidaria y cada emprendimiento ético se convierte en un acto de civismo que fortalece nuestra sociedad.

“En una sociedad democrática, la prensa es fundamental: aunque no siempre estemos de acuerdo con ella, debemos respetarla porque garantiza transparencia y control del poder.”

Carlos Rivera, Director del Centro de Estudios Democráticos de América Latina

El sistema educativo es clave en esta transición. Como subraya Clinton Cruickshank, “El sistema educativo debe cambiar su enfoque: ya no se necesita formar empleados, sino emprendedores con apoyo estatal y capital de riesgo.”

El ecosistema digital exige, además, un diálogo responsable y ético. Las redes sociales han democratizado la opinión pública, pero también han multiplicado los riesgos de desinformación, polarización y superficialidad. La libertad digital debe ir acompañada de virtud digital: respeto, empatía, honestidad y responsabilidad. Cada usuario se convierte en un actor político que puede fortalecer o debilitar la convivencia democrática. Las palabras que escribimos en línea, aunque parezcan efímeras, tienen consecuencias reales en la percepción ciudadana, la confianza en las instituciones y la cohesión social.

La educación costarricense tiene el deber de combinar alfabetización tecnológica con valores éticos, pensamiento crítico y conciencia

social. No se trata solo de enseñar a programar, usar la inteligencia artificial o dominar herramientas digitales; se trata de formar ciudadanos capaces de comprender el impacto de sus decisiones en la sociedad y en la democracia.

Este enfoque debe comenzar desde la escuela primaria, continuando en la secundaria y la educación superior. La alfabetización digital, la programación y la robótica son herramientas para el futuro, pero deben integrarse con la enseñanza de ética, ciudadanía y responsabilidad. El pensamiento crítico se convierte en la vacuna contra la manipulación digital, las noticias falsas y la polarización. En la era de la inteligencia artificial, la educación emocional y ética es más necesaria que nunca.

La juventud costarricense ha demostrado que sabe combinar creatividad con compromiso. Miles de jóvenes han desarrollado proyectos tecnológicos, ambientales, culturales y sociales que reflejan la vocación solidaria del país. Desde plataformas digitales que promueven la transparencia en la gestión pública, hasta emprendimientos sociales que generan empleo local y mejoran la sostenibilidad, los jóvenes están reinventando la forma de servir a la comunidad. Pero para que este potencial se materialice, las instituciones —universidades, el INA, incubadoras de innovación y ministerios— deben ofrecer espacios de participación real, escucha activa y liderazgo joven. Costa Rica necesita jóvenes que no huyan del Estado, sino que lo transformen con talento, visión y ética.

La digitalización del Estado y la apertura de datos ofrecen oportunidades inéditas para mejorar la gestión pública. Los trámites en línea, la educación virtual y la inteligencia artificial pueden fortalecer la transparencia, la eficiencia y la participación, si se usan correctamente. Pero estas herramientas también plantean riesgos: si se emplean para concentrar poder, controlar la información o excluir ciudadanos, erosionan la democracia. La tecnología es un amplificador de intención; por eso, su uso debe estar guiado por principios éticos claros y por la búsqueda del bien común.

La participación juvenil en la política tradicional puede haber disminuido, pero la acción social y ambiental ha crecido de manera significativa. Esto

no refleja apatía, sino una nueva forma de compromiso: los jóvenes buscan coherencia, resultados concretos y líderes auténticos. Las instituciones deben abrir espacios genuinos de participación, escucha y toma de decisiones; el futuro del país depende de que la voz de las nuevas generaciones sea escuchada y respetada, y que sus iniciativas sean valoradas.

En paralelo, la libertad de prensa y el respeto a los medios se mantienen como pilares fundamentales de la democracia digital. Como señala Emma Lozano:

“Cada vez que un gobierno se siente amenazado por la prensa investigativa, la democracia se debilita, pues se ataca el derecho de la ciudadanía a conocer la verdad.”

En el mundo digital, los medios tradicionales y las plataformas nuevas deben coexistir bajo principios de transparencia, rigor y ética, garantizando que la información sirva para educar, informar y fortalecer el debate público.

El emprendimiento, la educación y la participación digital convergen como los nuevos cimientos de la democracia costarricense. La libertad digital, el uso responsable de la tecnología y la acción social

deben combinar conocimiento con ética, innovación con solidaridad, y creatividad con sentido de comunidad. Cada ciudadano puede contribuir a que Costa Rica siga siendo un ejemplo de democracia humanista, donde la tecnología amplifica la voz del pueblo sin suplantar la responsabilidad ética que nos define como sociedad.

Finalmente, debemos reconocer que estamos en un momento único de la historia: un tiempo en el que la juventud y la tecnología no son solo herramientas, sino también símbolos de esperanza. Sí, el mundo puede parecer caótico, saturado de información y polarización, pero la acción

consciente de cada ciudadano, la educación responsable y el liderazgo ético pueden transformar esa complejidad en oportunidades para fortalecer la democracia. Costa Rica tiene el potencial de ser un modelo de democracia digital humanista: abierta al progreso, pero siempre guiada por la conciencia, la ética y el compromiso ciudadano.

“La política es negociación continua, y la esencia de la democracia es buscar acuerdos entre quienes tienen diferentes perspectivas.”

— Eli Feinzaig, candidato PLP

En definitiva, el futuro político del país dependerá de que los jóvenes combinen conocimiento con ética, innovación con solidaridad, y tecnología con humanidad. La democracia no se hereda, se construye día a día, en cada acción, en cada decisión, en cada iniciativa digital y comunitaria. Nuestra generación tiene la responsabilidad de enseñar que la tecnología es una aliada, pero que la libertad, la justicia y la cohesión social siempre son insustituibles.



*"La libertad no es un
privilegio otorgado:
es un deber que se
conquista cada día."*

*Juan Rafael Mora Porras,
2.º Presidente de la República de Costa Rica*



Capítulo 10

Gobernar con Luz

**Cómo la Claridad y la Honestidad
Sostienen la Democracia y Fortalecen
la Ciudadanía.**



“El bien común tiene que primar por encima del ego personal, la riqueza o la corrupción”.

Juan Manuel Tirado, Economista

En las últimas décadas, la confianza de los costarricenses en sus instituciones ha sufrido un desgaste silencioso pero profundo. No se trata de un desencanto pasajero: es la sensación de que los valores que sostienen la democracia se debilitan frente a la corrupción, la tramitología y la desconexión entre quienes gobiernan y quienes son gobernados. La ética pública, más que un ideal abstracto, se convierte en el eje que permite que la democracia funcione de manera justa y sostenible.

Desde los inicios de nuestra República, servir al Estado fue considerado un honor. Maestros, jueces, diputados y presidentes entendían que su función no era un privilegio sino un deber cívico, un compromiso con la comunidad. La grandeza de la función pública residía en su humildad. Recuperar esa visión ética implica revalorizar el sentido del deber: un funcionario honesto no es un héroe, sino la norma.

La ética no se enseña solo con leyes; se practica cada día, en cada decisión, en cada acto cotidiano de quienes gobiernan y de los ciudadanos que los observan.

La transparencia es el corazón de la confianza institucional. El acceso a la información pública, los presupuestos abiertos y los portales de datos son

Francisco Morales, politólogo, advierte que “no se puede repartir pobreza, hay que producir y distribuir riqueza de forma equitativa para evitar una explosión social”. La lucha contra la corrupción no se limita a sancionar: requiere educación, prevención y una cultura de integridad que atraviese todos los niveles de la sociedad.

herramientas fundamentales para que la ciudadanía pueda participar y fiscalizar. Cuando las instituciones ocultan información, generan sospecha; cuando la comparten y explican, construyen respeto y credibilidad. La transparencia no es un gesto de debilidad, sino un acto de madurez democrática.

La corrupción, en cambio, es el veneno lento de la democracia. Distorsiona prioridades, empobrece moralmente y mina la fe pública. Costa Rica, aunque estable, ha vivido casos que han puesto a prueba su conciencia colectiva.

La ética ciudadana es tan esencial como la ética institucional: cuando los ciudadanos normalizan lo incorrecto, la democracia se debilita.

El fortalecimiento ético también pasa por la política y los partidos. Héctor Fernández, magistrado del Tribunal Supremo de Elecciones, recuerda:

“Es más difícil formar un equipo de fútbol que un partido político hoy en día. Los partidos tienen que ser grandes, importantes, que estudien, que analicen, que tengan cuadros. No podemos seguir con partidos políticos ‘taxis’... ya es una vulgaridad”.

La proliferación de partidos sin estructura ni arraigo erosiona la democracia desde la base. Fernández también advierte que *“el sistema democrático no es inagotable. Si no lo fortalecemos, podríamos vivir lo que vive Venezuela”*. Reconstruir los partidos, su financiamiento y su vínculo con la ciudadanía no es opcional: es indispensable para garantizar la representación genuina.

El diálogo, la negociación y la prudencia son esenciales para mantener un sistema democrático sólido. La política no es un espectáculo; es un ejercicio de responsabilidad colectiva. La ética se ejerce también en la capacidad de escuchar, ceder y conciliar para generar soluciones concretas.

El fortalecimiento institucional requiere una ciudadanía activa y educada. La educación cívica y la formación de líderes comprometidos con la ética y la transparencia son pilares de la democracia. La confianza se construye con líderes y ciudadanos que actúan con integridad, transparencia y sentido del deber.

La rendición de cuentas es otra pieza central. La corrupción no se combate solo con leyes, sino con mecanismos claros que incluyan auditorías sociales, participación ciudadana y transparencia activa. La ética no se reduce a sanciones: se manifiesta en eficiencia, planificación y responsabilidad en la gestión pública.

Costa Rica necesita un nuevo pacto moral que renueve la fe en las instituciones. La Segunda República se fundó sobre valores de justicia, paz y servicio; la Tercera República —la que debemos construir en este siglo— debe basarse en transparencia, rendición de cuentas y responsabilidad digital. La ética pública no es un lujo: es la condición de posibilidad de la democracia.

Ser costarricense en el siglo XXI significa ser guardián de la verdad y de los valores republicanos. La regeneración ética requiere la participación de todos: funcionarios, líderes políticos y ciudadanos. Cada decisión, cada acto cotidiano, es una oportunidad para reconstruir la confianza. La democracia no sobrevive por miedo a la sanción, sino por el amor a la verdad y el compromiso con el bien común.

La ética pública, la transparencia y la confianza institucional son inseparables. Son el alma de la democracia y la garantía de que Costa Rica siga siendo un ejemplo de convivencia, justicia y progreso en el siglo XXI.



*“La honestidad no se
enseña con discursos,
sino con ejemplo.”*

*Emma Gamboa Alvarado,
Benemérita de la Patria*



Capítulo 11

Horizonte Democrático

**La Democracia como Viaje
Inacabado que nos Invita a Crecer Juntos.**



“La democracia es el intercambio y respeto de opiniones. Sin diálogo ni pluralidad, se socavan las libertades y se abren caminos hacia el autoritarismo.”

Emma Lozano, Periodista

La democracia, en Costa Rica, nunca ha sido un regalo; es un compromiso diario. No es un edificio terminado, sino un terreno en constante construcción, donde cada generación debe poner ladrillos de ética, diálogo y solidaridad. La historia nos recuerda que, cuando los ciudadanos se desconectan de la política, los cascarones de instituciones vacías proliferan, y la representación pierde su significado. Tenemos que obligarnos a mirar con sinceridad la salud de nuestra democracia: no basta con votar; necesitamos sentirnos parte de la estructura que sostiene la libertad.

Cada barrio que alguna vez tuvo un club de partido, un dirigente que conocía a los vecinos y que organizaba actividades comunitarias, hoy es un recuerdo. La participación local se ha desdibujado y con ella la capacidad de los ciudadanos para incidir directamente en decisiones que afectan su vida cotidiana. Esta desconexión alimenta la apatía y la fragmentación política, y pone en riesgo la esperanza que tantas generaciones lucharon por consolidar.

Pero el futuro democrático no es un destino inevitable; es un proyecto colectivo. Como señala Yolanda Fernández, Candidata del Partido Costa Rica Primero:

“Es fundamental escuchar a las comunidades antes de ofrecerles soluciones para asegurarse de que sus necesidades sean viables y efectivas.”

Esto significa que la política debe bajar de las oficinas y los tecnicismos, tocar la vida de los ciudadanos, escuchar sus preocupaciones y caminar junto a ellos. Solo así la democracia se renueva y se hace tangible, transformando la participación en corresponsabilidad y compromiso.

Sin embargo, la estructura del Estado también necesita modernización. Tenemos personas

capaces, talento humano preparado, pero la tramitología y la burocracia sofocan el potencial de iniciativas públicas y privadas. Para que Costa Rica sea una democracia funcional y dinámica, necesitamos instituciones ágiles, transparentes y cercanas a la gente. La eficiencia del Estado no puede sacrificarse en el altar de la lentitud administrativa.

La educación se convierte, entonces, en columna vertebral de esta renovación democrática. No se trata solo de transmitir conocimientos académicos, sino de formar ciudadanos críticos, solidarios y conscientes de su responsabilidad social. Solo una ciudadanía educada, capaz de dialogar, negociar y comprender el valor de la libertad compartida, podrá

mantener viva la democracia en el siglo XXI.

El futuro democrático también debe reconciliar progreso y justicia social. La desigualdad y la exclusión digital, el desempleo juvenil y la pobreza urbana no son solo cifras; son heridas que debilitan la cohesión nacional. Una democracia que deja a algunos fuera de la oportunidad no puede considerarse completa. Por eso, la inversión en inclusión social, educación técnica y acceso digital es un acto de defensa de la libertad misma.

La democracia de Costa Rica no se mide solo en elecciones, sino en la capacidad de integrar innovación tecnológica, sostenibilidad ambiental y solidaridad comunitaria. Cada política pública, cada proyecto educativo, cada iniciativa de desarrollo debe pensar en la persona, no solo en el indicador económico. Debe preguntarse: *¿esto fortalece la ciudadanía, promueve la equidad, protege la naturaleza?*

Una sociedad solidaria no se construye desde arriba ni con decretos; nace de la cercanía, del encuentro cotidiano entre vecinos, de la empatía que nos obliga a mirar al otro como parte de nosotros mismos. Esta solidaridad es un acto de valor cívico: reconocer que el bienestar de uno está unido al bienestar del país. Así, cuando invertimos en educación, protegemos a los más jóvenes y damos esperanza; cuando cuidamos el medio ambiente, aseguramos un futuro digno; cuando fortalecemos la justicia, garantizamos que nadie quede desamparado.

La democracia no se sostiene solo con reglas y leyes; se sostiene con personas que creen en ella y que participan de ella. Cada decisión cotidiana, desde respetar normas hasta involucrarse en asociaciones vecinales, desde dialogar con el vecino hasta exigir transparencia en la gestión pública, es un ladrillo en el edificio de la libertad. Costa Rica ha aprendido que las instituciones son fuertes cuando los ciudadanos las sienten suyas. Además, el compromiso de una democracia sólida exige repensar la relación entre gobierno y ciudadanos. La política ya no puede ser un juego de élites o de tecnicismos; debe ser conversación, acompañamiento y corresponsabilidad. No basta con crear programas; hay que hacerlos efectivos, asegurándose de que respondan a las necesidades reales de la

gente.

La tecnología y la digitalización abren caminos inéditos para esta participación. Hoy, un joven en un pueblo remoto puede informarse, organizarse y proponer soluciones que antes requerían años de gestiones. Pero la oportunidad digital también trae riesgos: la desinformación, la polarización y la superficialidad del debate. Es aquí donde la educación cívica se vuelve indispensable. No basta con enseñar a leer y escribir; debemos enseñar a pensar críticamente, a discernir la verdad, a valorar el diálogo y la ética.

El siglo XXI desafía a Costa Rica a combinar tradición y modernidad, eficiencia y justicia, libertad y solidaridad. La democracia no es un lujo; es la condición para que la vida digna sea posible para todos. La participación activa, el respeto mutuo y el compromiso social son los guardianes de esta libertad.

En última instancia, el futuro democrático es también un proyecto de esperanza y emoción. Cada ciudadano puede sentirse protagonista, cada acción cuenta. La democracia se fortalece con pequeños gestos cotidianos: escuchar, dialogar, educar, exigir, proteger y colaborar. Es un camino donde cada generación debe asumir su rol, no como espectadores, sino como constructores conscientes de la patria que quieren dejar.

Por eso, cada decisión ética, cada participación responsable, cada gesto de solidaridad suma. La democracia del futuro depende de nuestra capacidad de cuidar lo que hemos heredado, de educar con corazón y mente, y de construir un país donde la libertad y la igualdad se abracen sin contradicciones. La historia nos ha dado una patria sin ejército; ahora nos exige una patria sin egoísmo, donde la solidaridad y la justicia guíen nuestro camino.

Costa Rica puede seguir siendo el país donde el pequeño acto de civismo tiene la misma importancia que la gran ley, donde la educación forme ciudadanos libres, donde la justicia protege y la naturaleza inspira. El futuro democrático será tan fuerte como la pasión y el compromiso de

cada uno de nosotros. Y si logramos mantener la esperanza, la humildad y la unidad, seguiremos siendo la pequeña nación que enseña al mundo que la paz, la justicia y la libertad pueden convivir bajo la misma bandera.



*“La verdad es
la mejor política
pública.”*

*Fernando Coto Albán, Hacedor de Justicia,
Presidente de la Sala Primera y de la Corte
Suprema de Justicia de 1975 a 1980*



Conclusión

A Todos los Costarricenses

Menos Leyes, Más Conciencia.



*“No heredamos la patria de nuestros
padres, la tomamos prestada de
nuestros hijos.”*

Proverbio Costarricense Adaptado

Hoy, al mirar hacia atrás, comprendemos que la historia de Costa Rica es más que una cronología: es una conciencia que despierta. De los campos donde se sembró el café y la esperanza, de los libros donde aprendimos a leer y a pensar, de los corazones que prefirieron el diálogo a la violencia, nació esta democracia que todavía respiramos.

Somos un pueblo pequeño en territorio, pero inmenso en alma. Elegimos la educación en lugar de las armas, la palabra en lugar del miedo, la solidaridad en lugar del olvido. Y esa elección —más moral que política— nos ha permitido permanecer libres cuando otros pueblos cayeron en la oscuridad.

La democracia costarricense no es perfecta, pero es nuestra obra más noble. Ha sido construida por generaciones de hombres y mujeres que soñaron con justicia, que educaron con fe, que gobernaron con decencia, que sirvieron con humildad. En cada aula, en cada urna, en cada comunidad, la patria se ha renovado en silencio, día a día.

Nosotros, los costarricenses, hemos aprendido que la libertad se defiende con conocimiento, que la justicia se protege con trabajo, y que la paz se mantiene con respeto. Esa es la herencia moral que debemos entregar a quienes vendrán después: no un país sin problemas, sino una nación con valores.

Hoy el siglo XXI nos llama a una nueva gesta, no de armas, sino de conciencia. Nos reta a construir un Estado más transparente, una economía más solidaria, una educación más humana, y una política más ética.

Nos pide mirar con valentía lo que debemos cambiar y con gratitud lo que debemos conservar.

Defender la democracia no es tarea de los gobiernos, sino de todos. Cada ciudadano que cumple su deber, que enseña, que trabaja, que respeta, que dialoga, es un soldado invisible de la paz. Y cada acto de honestidad cotidiana es un voto silencioso para Costa Rica.

Que la juventud herede una patria limpia, una naturaleza viva, una sociedad justa y una fe intacta. Que el niño que entra a la escuela sienta orgullo de su bandera y esperanza en su futuro. Que la mujer que educa, el trabajador que produce, el científico que investiga y el campesino que cultiva se reconozcan todos como arquitectos de la misma obra: la democracia.

Somos hijos de un país que abolió el ejército para invertir en el alma. Un país que escogió los libros sobre los fusiles, las urnas sobre los golpes, la justicia sobre la revancha.

Nuestra historia es una lección viva para el mundo: que la libertad florece donde hay conciencia.

A ti, costarricense que lees estas palabras, te corresponde continuar esta historia. La democracia no es un monumento: es un camino que se pisa con amor, con coraje y con fe. No temas los tiempos difíciles: son pruebas para el espíritu. Recuerda siempre que la patria no se defiende con discursos, sino con obras.

Y que la verdadera bandera no ondea solo en los mástiles, sino en el corazón de quienes creen, trabajan y esperan.

Que cada amanecer sobre nuestras montañas nos recuerde que la libertad se conquista cada día. Que cada escuela abierta sea una trinchera de la paz. Y que cada ciudadano consciente sea la nueva antorcha que ilumine el futuro.

Porque mientras Costa Rica conserve su verdad, su decencia y su fe, la democracia seguirá siendo su mayor victoria.



Reto Democracia Siglo 21

Por: Jorge Woodbridge González



COSTA RICA:

RETO SIGLO 21

Reto Democracia Siglo 21, invita al lector a recorrer la historia y los desafíos de nuestra democracia desde sus raíces hasta el siglo XXI. A través de voces de expertos, líderes y ciudadanos comprometidos, este libro ofrece una mirada sincera y profunda sobre los valores, las instituciones y la participación cívica que sostienen la libertad costarricense. Más que un análisis político, es un llamado al compromiso, a la solidaridad y a la acción de cada persona para construir una Costa Rica más justa, inclusiva y humana. Una obra para entender, sentir y actuar en favor de la democracia que nos pertenece a todos.

JORGE WOODBRIDGE GONZÁLEZ

Ingeniero químico por la Universidad de Costa Rica, con estudios en Incae Business School y Ipade. Fue director del ICT, viceministro de Economía (2006-2008) y ministro de Competitividad (2008-2010). Es asesor financiero, fundador del Banco de Fomento Agrícola y profesor en la UCR. Ha dirigido diversas empresas y asociaciones, y es autor de varios libros sobre economía y sociedad.

ISBN: 978-9930-00-615-3



9 789930 006153